

Aunque acostumbradas a la distancia social y, en mucho, a las ventajas de los lugares protegidos, la modificación del espacio social trajo consigo consecuencias importantes para las clases altas, en términos de socialización y sociabilidad. En este sentido, nos resultó importante consignar la existencia de nuevas intervenciones privadas sobre lo social, en el marco de la gran asimetría.

Esta última temática introdujo la necesidad de pensar alguna de las dimensiones de la sociabilidad homogénea y los nuevos espacios de socialización, que comparten tanto los antiguos como los recién llegados a la elite. En realidad, en el período se constata la emergencia de un estilo de vida, tendiente a la homogeneidad social; elemento que de aquí en más la elite compartirá —con matices, como veremos en el próximo capítulo— con otros sectores sociales, no sólo con las clases medias altas, sino también con una franja exitosa de las clases medias. Finalmente, buscamos dar cuenta de las marcas de distinción, en los nuevos estilos de vida, visibles en las referencias al “ruralismo idílico” como símbolo de la consagración social.

En fin, si el triunfo del neoliberalismo se apoyó en la promoción de modelos de ciudadanía restringidos, centrados en la figura del consumidor y el propietario, entonces fueron ciertamente los sectores dominantes los que asumieron de manera exacerbada ambas figuras, mediante el consumo desmedido y la privatización de lo social. Pues si la fiesta, la frivolidad y el exceso, en su versión elitista, ilustraban la consagración de la figura del consumidor, la difusión por momentos frenética de determinados estilos de vida —como el desarrollado durante los 90 en los *countries* y barrios privados, refugio de los llamados “ganadores” del modelo— terminarían por consagrar y expandir la figura del “ciudadano propietario”.

CAPÍTULO 5

LA FRAGMENTACIÓN DE LAS CLASES MEDIAS

Los más decididos soportes de esos valores democráticos no pueden ser otros —en mérito de su educación y de la tradición que les empapa— que los más claros representantes de las clases medias cultivadas. ¿No se les estará pidiendo —con todo lo dicho— demasiado? ¿No podrá exceder esta tarea la voluntad de los nuevos hombres requeridos? No. Las tareas difíciles son para los hombres, y éstos no se han encogido ante su carga en ningún gran momento. Lo cual no impide que se vean y señalen a tiempo las inevitables tensiones internas que esa carga lleva consigo.

CEPAL, *El desarrollo social de América Latina en la posguerra* (1963).

Nadie podrá dejar de percibir lo trágico de esta desfuncionalización que consiste en el hecho de que hombres cuya existencia y autoconsciencia están ligadas a una conducta tradicional determinada, que llevó a sus padres, y quizá también a ellos mismos en su juventud, al éxito y a una autoafirmación suficiente, se vean, con el mismo comportamiento, condenados ahora al fracaso y a la decadencia, en un mundo que se ha transformado en virtud de causas ininteligibles.

Norbert Elías,
La sociedad cortesana.

Históricamente, en nuestro país, las clases medias fueron consideradas como un rasgo particular de la estructura social respecto de otros países latinoamericanos y un factor esencial en los sucesivos modelos de integración social, tanto del oligárquico-conservador, como del nacional-popular. Sin embargo, la crisis de los 80 y el pasaje a un nuevo modelo de acumulación, en los 90, terminaron por desmontar el anterior modelo de integración, echando por tierra la representación de una clase media fuerte y, hasta cierto punto, culturalmente homogénea, asociada al progreso y la movilidad social ascendente. Esta nueva situación está ligada a la instalación de una doble lógica de polarización y fragmentación en el interior de las cla-

ses medias, visible no sólo en la disminución drástica de la llamada "clase media típica", sino sobre todo en la brecha cada vez más pronunciada entre los llamados "ganadores" y los "perdedores" del modelo.

La entrada en una sociedad excluyente trajo consigo una fuerte reformulación de la dialéctica entre estructura y estrategias en el interior de las fragmentadas clases medias. Ahora bien, antes de analizar el modo como la reformulación de las pautas de inclusión y exclusión social impactó en las diferentes franjas de las clases medias, tanto en términos de prácticas, estilos de vida y modelos de socialización, nos detendremos, como en el capítulo anterior, en la presentación de algunos de sus rasgos históricos más importantes.

RASGOS GENERALES DE LAS CLASES MEDIAS

Podríamos resumir las características de las clases medias, tal como éstas han sido tematizados por gran parte de las ciencias sociales, en cuatro rasgos mayores.¹⁹

En primer lugar, tradicionalmente la categoría "clases medias" ha designado un vasto conglomerado social, con fronteras difusas; esto es una categoría intermedia cuya debilidad congénita estribaría en su misma posición estructural, un tercer actor sin peso específico propio, situado entre los dos grandes agentes sociales y políticos de la sociedad moderna: la burguesía y las clases trabajadoras. Esta debilidad estructural explicaría tanto sus comportamientos políticos como sus rasgos culturales. Por un lado, desde el punto de vista político, sus dificultades en desarrollar una conciencia de clase autónoma se verían reflejadas en una vocación histórica por las alianzas. Por otro lado, desde el punto de vista cultural, las clases medias se verían ilustradas por el desarrollo de conductas imitativas respecto de los patrones culturales propios de las clases superiores. Por último, la consolidación de estas pautas culturales no haría más que facilitar la instrumentalización política de las clases medias por parte de la burguesía.

De manera más específica, la adopción de pautas de conducta propias de las clases superiores expresaría la disociación

entre el *grupo de pertenencia* y el *grupo de referencia*. Estos conceptos, introducidos por el funcionalismo norteamericano, tiene por objeto el análisis de las formas de agrupamiento y de construcción de las valoraciones y actitudes políticas de los sectores medios. El *grupo de referencia* sirve de parámetro a los individuos para valorarse a sí mismos, o a sus actividades, sin que sea necesaria la pertenencia a ellos. En consecuencia, el grado de satisfacción o insatisfacción que se experimenta con el estatus depende más del grupo que se tome como referencia que de un criterio general representativo de la estructura social global (Hyman:1968; Merton:1993).

En resumen, la debilidad estructural es la base de las dificultades analíticas que encierra la categoría "clases medias", lo cual aparece reflejado tanto en términos políticos, mediante la conformación de una mentalidad conservadora y reaccionaria (respecto de los sectores populares), como en términos culturales, a través del desarrollo de una cultura mimética y los consumos ostentosos (respecto de las clases altas).

En segundo lugar, otro de los rasgos mayores de las clases medias ha sido la heterogeneidad social y ocupacional. Desde el comienzo, el criterio de diferenciación más clásico para caracterizar a las clases medias ha hecho hincapié en el proceso de trabajo como variable, a partir de la distinción entre trabajo "manual" y "no manual", que luego adoptaría el nombre de trabajadores de "cuello azul" y "cuello blanco". Sin embargo, el tipo de capacidad y calificación que se ofrece en el mercado constituye un criterio de diferenciación determinante que problematiza, desde el comienzo, la categoría misma de los "cuellos blancos" (Wright Mills:1961). Así, los distintos análisis concuerdan en que el sostenido crecimiento del sector de cuello blanco durante el siglo xx tendió a complejizar y a ampliar las reducidas dimensiones que la clase media (pequeña burguesía basada en la propiedad) poseía. Además, esta característica fundamental contribuiría a abrir la brecha respecto de otros sectores sociales, por ejemplo, los trabajadores fabriles, pues mientras estos últimos se caracterizarían por un importante grado de homogeneidad, dentro de las ocupaciones de cuello blanco encontraríamos una creciente diferenciación, que va desde las tareas de rutina administrativa, la mayor dotación de

beneficios marginales (pensiones y seguros), hasta mayores oportunidades de promoción y alto grado de participación femenina en el empleo.²⁰

En tercer lugar, desde sus orígenes, una de las notas constitutivas de la identidad de las clases medias ha sido la movilidad social ascendente. Esto ha contribuido a aumentar la importancia de la educación como canal privilegiado para el ascenso y la reproducción social. Más aún, tradicionalmente la confianza en la movilidad social ascendente ha sido acompañada de una visión optimista del progreso social, que se refleja en la adopción de un determinado modelo de familia, por medio del cual ésta es concebida como un espacio en el cual se producen las condiciones para la movilidad social de sus miembros.

Por último, las clases medias aparecen definidas positivamente por su *capacidad de consumo*, y como consecuencia, por el acceso a un determinado estilo de vida, caracterizado por un modelo-tipo, en el cual se conjugan, para sintetizarlo de manera esquemática, la aspiración residencial (la vivienda propia), la posesión del automóvil y la posibilidad del esparcimiento. De esta manera, como habrían de mostrar numerosos trabajos, las diferencias entre las clases trabajadoras y las clases medias excederían el propio proceso de trabajo, manifestándose también en otros ámbitos y prácticas, como por ejemplo el agrupamiento en zonas de residencia homogénea (Giddens:1991, p. 216) y la formación de grupos de estatus.

En suma, la debilidad estructural estaría en el origen de una serie de características más bien negativas, como la mentalidad política conservadora y el mimetismo cultural; la creciente heterogeneidad social y ocupacional daría cuenta de la imposibilidad de unificar sus intereses de clase y, al mismo tiempo, de la consolidación de un individualismo exacerbado, orientado a la maximización de los intereses particulares; todo ello explicaría la búsqueda de la movilidad ascendente como rasgo constitutivo de las clases medias. Por último, la definición a través del consumo y de los estilos de vida desembocaría en la formación de grupos de estatus.

En consonancia con alguno de los rasgos descriptos más arriba, para un sector de la literatura sociológica, las clases medias irían definiéndose como "clases de servicios". Esta catego-

rización, desarrollada a comienzos de los 80 por Goldthorpe (1995), se apoya en el fuerte incremento registrado en el sector servicios. Para el autor, que retoma la noción acuñada por el austromarxista Karl Renner, la clase de servicios se distingue de la clase obrera por realizar un trabajo no productivo, aunque la diferencia más básica se ve reflejada en la calidad del empleo. En efecto, se trata de un trabajo donde se ejerce autoridad (directivos) o bien se controla información privilegiada (expertos, profesionales). Así, este tipo de trabajo otorga cierto margen de discrecionalidad y autonomía al empleado, pero la contrapartida resultante de esta situación es el compromiso moral del trabajador con la organización, dentro de un sistema claramente estructurado en torno a recompensas y sanciones.

En este sentido, la entrada en una economía de servicios terminó por confirmar la importancia de tal categorización, así como agregó otras dimensiones a esta definición, tal como aparece en los textos de Scott Lash y John Urry (1996), John Savage (1999) y Gosta Esping Andersen (1997). Estos autores apuntan a describir la nueva estructura socio-ocupacional —cuya heterogeneidad se hace visible en la fragmentación cada vez mayor de las clases medias de servicios, mediante el empobrecimiento de ciertos sectores— y la emergencia de un nuevo proletariado de servicios, ligado a tareas poco calificadas, verdaderos "servidores de la clase de servicios en cuestión".

LAS CLASES MEDIAS EN LA ARGENTINA

A lo largo del siglo XX, en virtud de su dinamismo y su *élan* modernizador, las clases medias latinoamericanas se constituyeron en un agente central en el proceso de desarrollo. Para Alain Touraine (1988), esta centralidad se explica por dos rasgos mayores: en primer lugar, se debe a la preocupación que las clases medias manifiestan por la educación. Así, éstas se definen ante todo como una clase educada, con niveles medios y medios-altos de instrucción. A su vez, la educación se constituye en el instrumento por excelencia de la movilidad social ascendente, así como en el criterio distintivo respecto de las otras clases sociales. El arquetipo de dichas clases medias urba-

nas, dinámicas y modernizadoras, sería el pequeño propietario o el comerciante, o, especialmente, las profesiones asalariadas empleadas en el sector público (los maestros y profesores). El segundo rasgo se halla intrínsecamente ligado al anterior, pues la expansión de las clases medias urbanas está vinculada al desarrollo del Estado. En efecto, en América Latina, las clases medias se expandieron sobre todo en los países donde el Estado intervino activamente como productor de bienes y servicios, en el marco del régimen de industrialización sustitutiva. Tocaría a la versión latinoamericana del Estado Social, esto es, al modelo nacional-popular, consumir esta suerte de paradigma, contribuyendo así a la consolidación de vastas franjas de funcionarios y de profesionales ligados a la administración pública, así como a los servicios de la educación y de la salud. Sin embargo, éste fue precisamente el modelo que entró en crisis a partir de los años 80 y, particularmente, durante los 90, con la aplicación de políticas de ajuste fiscal y de reducción del Estado. Por último, es necesario destacar que estos dos rasgos aparecen más acentuados en países como Argentina, Uruguay y Costa Rica, donde las clases medias estuvieron efectivamente en el "centro" de la sociedad.

Hay, sin duda, un sinnúmero de interpretaciones respecto de las clases medias argentinas. Todas ellas coinciden en afirmar tanto su centralidad como el rol integrador que durante casi un siglo desempeñaron en la sociedad. Así, por encima de la heterogeneidad socioestructural o de las asimetrías geográficas, el "modelo argentino" parecía hacer referencia a dos componentes mayores: por un lado, el progreso y la movilidad social ascendente; por el otro, una cierta homogeneidad racial y cultural. Ambos tópicos encontrarían su encarnación más acabada en las clases medias urbanas, educadas, dinámicas y modernizadoras y, en gran medida, de origen inmigrante.

Recordemos que en 1947, las clases medias urbanas (tanto el sector asalariado como el autónomo) ya constituían el 40,6% de la fuerza de trabajo total; en 1960, el 42,7%; en 1970, el 44,9% y en 1980, el 47,4% (Torrado:1992). Sin embargo, hacia los años 50, las primeras lecturas políticas y sociológicas dejaban traslucir una honda decepción al considerar que las clases medias argentinas habían asumido de manera incompleta el

rol modernizador, a lo que se sumaba, suerte de constante, una posición política conservadora. Ciertamente, la educación, en tanto canal privilegiado para la movilidad social ascendente, era un rasgo constitutivo de la identidad de las clases medias. Pero, desde el punto de vista cultural, éstas parecían caracterizarse por conductas que imitaban los patrones culturales propios de las clases superiores, visibles en el consumo ostentoso (Sebreli:1966); conductas concebidas, al mismo tiempo, como estrategias de diferenciación con respecto a las clases populares. Dicho proceso tendría su expresión mayor a partir de 1945, época en la cual gran parte de las clases medias acentuaría las estrategias de distanciamiento hasta el paroxismo, adoptando un antiperonismo militante.

Sin embargo, es necesario tener en cuenta que, desde una perspectiva económica, la acción de gobierno del primer peronismo (1946-1955) no sólo benefició directamente a vastos sectores de la clase trabajadora, sino también a amplios sectores medios, mediante el impulso al sector asalariado, dependiente del Estado, hecho que encontraría una continuación e incremento en la política de las administraciones posteriores. De esta manera, a partir de los años 60, los estratos medios se convertirían en los principales proveedores de una demanda de puestos gerenciales, burocráticos y administrativos, promovida por el modelo sustitutivo. Lo dicho encuentra un correlato en el peso cada vez mayor que irían adquiriendo los sectores asalariados por sobre el sector autónomo dentro del conjunto de las clases medias, lo cual confirmaría la consolidación de una clase media de servicios, ligada al Estado (empleo público) y a los servicios sociales públicos y privados (educación, salud). Así, entre 1960 y 1970, el total de la clase media autónoma pasaría del 14,3% al 11,8%, mientras que la clase media asalariada aumentaría, en ese mismo período del 28,4% al 33,1% (Torrado:1992, p. 71).

¿Cómo explicar, entonces, el antiperonismo militante de las clases medias argentinas? En realidad, el peronismo lesionó a las clases medias a través de sus pautas de comportamiento y sus modelos culturales. Así, fueron sus rasgos plebeyos e iconoclastas (estigmatizados como formas de "barbarie" e "incultura") los que más fastidiaban y afectaban la tranquilidad de las

clases medias, más que nunca identificadas con los patrones culturales y estéticos de la cultura oficial, con el "buen gusto", con la "cultura decente". Por otro lado, la oposición de las clases medias se vio acentuada por el carácter autoritario que tomó el régimen peronista, respecto del mundo reconocido de la cultura. Como no deja de reconocer el propio Arturo Jauretche (1967, p. 216), el peronismo cometió "indiscutibles torpezas" con respecto a las clases medias, pues no sólo afectó sus pautas culturales, sino que les negó una inclusión simbólica dentro del discurso político oficial. En consecuencia, en un contexto de polarización política entre peronismo y antiperonismo, las clases medias optaron por el rechazo y desprecio hacia los sectores populares.

Asimismo, un factor determinante de esta polarización fue también la aceleración de la lógica social igualitaria, producto de la política económica y social del primer peronismo, que desembocaría en una reducción de las distancias económicas entre las clases medias y las clases populares. En suma, el carácter plebeyo y la lógica igualitaria que el peronismo impulsó desde el Estado, generaron en las clases medias la necesidad de producir y reforzar la distancia cultural y simbólica, por medio de nuevos mecanismos y estrategias de diferenciación social.

Hacia los 60, el proceso de modernización cultural produjo cambios importantes, que involucraron diferentes dimensiones de la vida social. Al igual que en otras sociedades, la Argentina asistió entonces a un período de hondas transformaciones de las pautas culturales e ideológicas de las clases medias, que abarcarían numerosos aspectos de la vida cotidiana: desde nuevos hábitos de consumo especialmente orientados al sector juvenil, pasando por cambios importantes en la moral sexual y en el rol de la mujer, por la divulgación del psicoanálisis y el cuestionamiento de modelos familiares y escolares tradicionales, hasta la irrupción de las vanguardias y la experimentación artística. En definitiva, se trataba del surgimiento de una "nueva clase media", cuyo *ethos* específico aparecía intrínsecamente asociado a nuevos valores, nuevas prácticas de consumo y estilos de vida.

Hacia fines de la década, esta apertura cultural comenzó a articularse con la exigencia del compromiso político, que vislumbraba la posibilidad de articulación con los sectores populares (Torti:1999). Finalmente, como no dejaba de advertir

la literatura política de la época, luego de décadas de desencuentros, la alianza entre los sectores medios y los sectores populares se tornaba real y posible, gracias a la peronización de la juventud y de los sectores intelectuales, en gran parte procedentes de las clases medias antiperonistas. En consecuencia, aunque fuertemente marcada por el autoritarismo político, la década del 60 sería sin duda la época de oro de las clases medias, pues éstas habrían de afirmar una cierta autonomía cultural respecto de las clases dominantes (renegando así del llamado "mimetismo cultural"), al tiempo que buscarían una articulación política con los sectores populares peronistas. Como nunca en otro período, las clases medias habrían de desarrollar una gran confianza en su capacidad de acción histórica.

Sin embargo, este clímax de época fue seguido de un gran declive, visible en la tragedia política de los años 70 y, luego, en la fragmentación y empobrecimiento de los 80 y los 90. Ciertamente, el golpe de Estado de 1976 significó la puesta en acción de un nuevo modelo que apuntaba tanto a la represión de los sectores movilizados, como a un nuevo modelo de acumulación económica. La reconfiguración de la sociedad argentina estaba en marcha, aun si las transformaciones de los diferentes sectores sociales recién se tornarían visibles a la salida de la dictadura militar.

HACIA LA HETEROGENEIDAD Y LA POLARIZACIÓN SOCIAL

Durante mucho tiempo, el modelo de integración social existente en la Argentina se asentó en la afirmación de estilos residenciales y espacios de socialización mixtos, que apuntaban a la mezcla entre distintos sectores sociales. El marco propicio para tal modelo de integración mixta eran los espacios públicos. Si la integración social e individual es un proceso que articula relaciones horizontales (en el interior de un grupo social), con lazos verticales (con otros grupos de la estructura social), mediante diferentes marcos de socialización, es necesario reconocer que la ciudad aportaba no pocos de esos espacios públicos, entre ellos la plaza, la esquina del barrio o los patios de un colegio del Estado. Estos lugares públicos proveían al individuo de una

orientación doble: hacia adentro y hacia afuera de su grupo social, y aparecían como contextos propicios para una socialización mixta y exitosa. Pese a sus deficiencias y notorios disfuncionamientos, este modelo de la mixtura social continuó siendo dominante dentro del conglomerado general de las clases medias hasta mediados de los 80.

Ahora bien, a partir de los 90, la entrada en una sociedad excluyente tiró por la borda esta representación integradora de la sociedad argentina, centrada en la primacía de lo público. Con una virulencia nunca vista, la nueva dinámica excluyente puso al descubierto un notorio distanciamiento en el interior mismo de las clases medias, producto de la transformación de las pautas de movilidad social ascendente y descendente. Dichas transformaciones terminaron de abrir una gran brecha en la sociedad argentina, acentuando los procesos de polarización y vulnerabilidad social. En plena turbulencia de estos procesos y frente a la conformación de un nuevo campo de fuerzas social, los sectores medios irían estrechándose, empujados por una fuerte corriente de movilidad social descendente; en medio de la vulnerabilidad, otras franjas tratarían de mantener sus posiciones sociales; mientras que, por último, un contingente menor, caracterizado por una mejor articulación con las nuevas estructuras del modelo, se vería beneficiado por el ascenso social.

Sin embargo, desde una perspectiva histórica, lo que primero impacta es la dimensión colectiva del proceso de movilidad social descendente, que arrojó del lado de los "perdedores" a vastos grupos sociales entre los cuales hay que incluir empleados y profesionales ligados al sector público, cuentapropistas, pequeños comerciantes, en fin, medianos y pequeños productores agrarios (la clase media autónoma). También es cierto que otras franjas de las clases medias, como empleados y profesionales ligados los servicios sociales y a los nuevos servicios de consumo (ocio, esparcimiento, publicidad), gracias a sus calificaciones, tendieron a conservar sus posiciones. Por último, aunque comparativamente minoritarios, en el costado de los "ganadores" de las clases medias se fueron situando diversos grupos sociales, compuestos por personal calificado, profesionales, intermediarios estratégicos, asociados al ámbito privado, en gran parte vinculados a los nuevos servicios, en fin, una fran-

ja que englobaría, por encima de las diferencias, tanto a los sectores medios consolidados como a los sectores en ascenso.

De esta manera, la entrada en una sociedad excluyente reformuló la dialéctica entre estructura y estrategias en el seno de las clases medias. Por un lado, al trastocarse sus condiciones objetivas de existencia, las clases medias empobrecidas debieron desarrollar nuevas estrategias de sobrevivencia, basadas en la utilización y potenciación de competencias culturales y sociales preexistentes, para volver a vincularse con el mundo social. Un esforzado trabajo de reinclusión que conllevaría tanto un duro aprendizaje como un discurso amargo sobre las razones de su expulsión del colectivo de las clases medias. Por otro lado, para un sector de las clases medias consolidadas y en ascenso, las estrategias de inclusión en el nuevo modelo apuntaron a una búsqueda de la distancia, no sólo respecto de los sectores populares, sino de las propias clases medias empobrecidas, mediante el consumo suntuario y los nuevos estilos de vida basados en la seguridad privada. Por último, aunque sensiblemente afectadas desde el punto de vista cuantitativo, las franjas medias de las clases medias habrían de acentuar como estrategia de afirmación la inclusión por medio de los consumos y la relación con la cultura.

EMPOBRECIMIENTO Y MULTIPLICACIÓN DE ESTRATEGIAS DE ADAPTACIÓN²¹

Hemos dicho ya que el proceso de movilidad social descendente asumió una dimensión colectiva que arrojó del lado de los "perdedores" a grupos sociales que formaban parte de las clases medias asalariada y autónoma: franjas de empleados, técnicos y profesionales del ámbito público, ligados a la administración, la educación y la salud; cuentapropistas, empresarios y comerciantes colocados en posición de desigualdad ante la arrolladora apertura a las importaciones y la entrada de nuevas formas de comercialización; propietarios rurales cuyo destino aparecía ligado a economías regionales, y cuyas estrategias de producción eran consideradas poco dinámicas o "inviabiles".

La segmentación social fue consolidando una fractura intracase que es necesario leer en dos tiempos diferentes: a fines

de los años 80, el proceso de empobrecimiento de ciertas franjas de las clases medias estuvo vinculado a la inflación y, claro está, a la hiperinflación, esto es, al deterioro salarial y la pérdida de poder adquisitivo. Asimismo, tanto la degradación de los servicios públicos (educación, salud, seguridad) como la privatización de los servicios básicos, contribuyeron fuertemente al empobrecimiento de los sectores medios, en un contexto signado por la precarización laboral y la inestabilidad. Esta conjunción de factores traería aparejada una transformación de las condiciones de vida, un hecho que la sociología se encargaría de describir inicialmente en términos de "diversidad de situaciones" en el interior mismo de las clases medias, a partir del reconocimiento de "la heterogeneidad social de las pobreza" (Murmis y Feldman:1992). Sin embargo, la heterogeneidad fue acompañada también por una fuerte polarización social. En efecto, las estadísticas indican que los ingresos de todas las categorías ocupacionales cayeron de manera sensible. Por último, dentro de cada categoría se incrementó la distancia entre los ingresos más elevados y los más cercanos al piso salarial. Por ende, la nueva pobreza fue asomando como un universo heterogéneo que reuniría a los "perdedores" de cada categoría profesional (Kessler y Di Virgilio:2003). La caída social produjo también el ingreso de las mujeres al mundo público, aun si la mayoría terminó por obtener pequeños empleos, muchos de ellos domiciliarios o precarizados (Feijóo:1992).

En resumen, la fractura intraclase se hizo mayor a mediados de los 90, cuando el empobrecimiento pasó a vincularse no sólo a la pérdida de poder adquisitivo, sino también al desempleo; en fin, cuando empezó a observarse una suerte de "reproducción ampliada" de las diferencias intraclase, visibles en los estilos de vida, los modelos de socialización y las formas de sociabilidad. En efecto, para diferentes sectores empobrecidos y en contraposición con otros estratos de las clases medias y medias-altas, la instalación en una zona de vulnerabilidad e inestabilidad terminó por consumir un hiato, una distancia mayor, que es necesario comprender en términos de reducción de oportunidades de vida. El hecho es, pues, doble. Por un lado, la fractura social provocó un debilitamiento, si no la ruptura, de los lazos culturales y sociales existentes entre los diversos estratos

tos de la antigua clase media. Por el otro, sin soslayar el hecho de que existen franjas de los sectores medios que aún en plena inestabilidad conservaron sus posiciones, la tendencia más general del período indica una fuerte polarización social.

Ahora bien, existe una rica literatura consagrada al estudio del empobrecimiento de los sectores medios. No olvidemos que los primeros estudios, como el de Alberto Minujín y Gabriel Kessler (1995), ofrecieron verdaderos relatos etnográficos de esta "caída", y ayudaron a descorder el velo que todavía conservaba una pobreza vergonzante, definida como "doméstica" o de "puertas adentro". Asimismo, esta *nueva pobreza* se caracterizaba por ser, en términos urbanos, más difusa y dispersa. En algunos casos, como el de los jubilados, cuyo empobrecimiento en las últimas décadas ha sido de una notoriedad incontestable, éstos podían estar residiendo en barrios de clases medias y aun de clases medias-altas. Sin embargo, en otras situaciones, el empobrecimiento también estuvo en el origen de una serie de expulsiones que condujeron, tarde o temprano, a una relocalización urbana. Asimismo, no es menos cierto que muchos barrios policlasistas, con una importante presencia de sectores medios, conocieron un fuerte deterioro. La nueva pobreza adoptaría, pues, nuevas dimensiones urbanas.

Así, los primeros trabajos sociológicos nos ayudaron a comprender el carácter "intersticial" o "híbrido" de la nueva pobreza, que daba cuenta de afinidades o semejanzas con los sectores medios consolidados en variables tales como el nivel educativo o la composición de la familia —menos numerosa que la de los llamados "pobres estructurales"—; pero, a la vez, revelaban cada vez más la proximidad con los "pobres estructurales" en términos de ingresos, características del empleo (subempleo) y ausencia de cobertura social. Siguiendo a Kessler y Di Virgilio recordemos que los pobres por ingresos representaban el 3,2% de la población en 1980. Sin embargo, a fines de la década del 90, el 26,7% de la población —reunida en el 18,9% de los hogares, según cifras del Indec— no percibían ingresos suficientes para acceder a la canasta básica de bienes y servicios. En los partidos del Gran Buenos Aires, donde residen aproximadamente 8 millones de personas, la pobreza creció en un 67%, porcentaje dentro del cual se sitúan los ex integrantes de las clases medias,

esto es, los nuevos pobres, quienes se incrementaron en un 338% (Kessler y Di Virgilio:2003).

Desde un punto de vista general, la experiencia del empobrecimiento fue traumática, en la medida en que ésta puso de manifiesto el colapso de los marcos sociales que estructuraban la identidad de los sujetos y orientaban sus prácticas. Así, los primeros testimonios de las clases medias empobrecidas daban cuenta de este trastocamiento del mundo conocido y familiar, que coloca a los sujetos en una situación de "desnaturalización" con respecto de su posición (Kessler:2000). Esta experiencia de desnaturalización, esta trágica "desfuncionalización" (Elías:1996), condujo a la necesidad de redefinir la situación exterior, en condiciones de incertidumbre, lo cual tendría un impacto sobre las identidades sociales (el autoposicionamiento o la exclusión del colectivo de las clases medias), e individuales (pérdida de autoestima). En todo caso, lejos estamos ya de aquellas encuestas de los años 80, que mostraban que más del 70% de la población argentina, entre los que se encontraban obreros calificados, trabajadores autónomos, empleados y profesionales, se posicionaba dentro de los sectores medios, pues la fuerte pauperización de los 90 puso en cuestión esta autclasificación fundamental (Kessler:2000).

Por otro lado, el empobrecimiento trajo aparejados importantes cambios en las prácticas y orientaciones de la acción, que deben ser interpretados, en un primer momento, como formas de adaptación frente al desajuste visible entre el rol y la posición social anterior. Como consecuencia de ello, lo propio del período fue la multiplicación de estrategias individuales, mediante la utilización de los recursos y competencias culturales y sociales preexistentes (en términos de capital cultural y social), orientadas a obtener ventajas comparativas, por ejemplo, en el seno de las instituciones públicas, como la escuela, los hospitales o la mutual sindical, visiblemente deterioradas o en disfuncionamiento creciente.

La multiplicación de estas estrategias de adaptación tuvo consecuencias en diferentes niveles. Por un lado, hacia afuera, harían manifiesta la existencia de un circuito cada vez más segmentado de servicios (por ejemplo, aquel que diferenciaba entre "mejores" y "peores" escuelas públicas). Por otro lado, frente

a la reducción de las distancias sociales, las estrategias de adaptación servían también para diferenciarse socialmente de los llamados "pobres estructurales", menos provistos en términos de capital cultural y relaciones sociales. Por último, en este nuevo escenario, resultaba difícil separar lo que estas estrategias de adaptación contenían en términos de demandas de derechos individuales y sociales, de aquello que aparecía ligado exclusivamente a un reclamo estatutario (una demanda de respeto y deferencia).

Este primer período en el cual las clases medias en caída comienzan a multiplicar las estrategias individuales de adaptación es también uno de los momentos más marcados por la acción colectiva procedente del sector público, sobre todo, maestros, empleados públicos provinciales, así como jubilados. Sin embargo, paradójicamente los testimonios existentes no parecen indicar un vínculo entre las estrategias de adaptación individual y las demandas colectivas. Quizás ello se deba a que, en este primer período, más allá de las explicaciones generales acerca del declive de las clases medias, los sujetos realizaban un "proceso de enmarcamiento" de la situación, que hacía hincapié en la responsabilidad individual. También es cierto que la "individualización" de la caída entraba en consonancia con la euforia privatizadora propia de la época. Por ende, por una u otra razón, los protagonistas de la caída interpretaban el proceso mucho menos en términos sistémicos que en clave de fracaso personal.

Como hemos señalado, frente al empobrecimiento, los individuos se vieron en la necesidad de redefinir los marcos sociales y culturales de su experiencia. Esto conduciría a la emergencia de un nuevo *ethos* que, en consonancia con la dinámica social, aparecería marcado por la incertidumbre y una perspectiva cortoplacista, que tendía a obturar cualquier planificación reflexiva del futuro. En este contexto, jóvenes y adultos no solo sufrían la "constante coacción al cambio" (Kessler:2004), sino que estaban constreñidos a la búsqueda permanente del intersticio en las instituciones, desde una situación de vulnerabilidad e inestabilidad. Como señala Denis Merklen (2000 y 2005), los sujetos se vieron obligados a convertirse en "cazadores", figura mediante la cual el autor ilustra la lógica de acción individual y colectiva que orienta la vida cotidiana en la ciudad,

semejante a un bosque que esconde un diversificado repertorio de posibilidades, pero que implica desde ya la aceptación del riesgo y la incertidumbre.

EMPOBRECIMIENTO Y EXPERIENCIA DEL TRUEQUE

En términos generales, recién hacia la segunda mitad de los 90 los sujetos sociales incorporarían plenamente un discurso que permitiría evacuar el estigma del fracaso personal, tan subrayado durante los primeros años del modelo. Como señala Inés González Bombal (2002), quien realizó uno de los primeros trabajos sobre el tema, en la medida en que los discursos de la caída comenzaron a enfatizar, antes que las trayectorias individuales o las malas elecciones, los aspectos más estructurales de la crisis (como las reformas económicas, el aumento del desempleo y, de manera general, los efectos desiguales de una globalización neoliberal), las estrategias de sobrevivencia variaron. En consecuencia, se registra "un cambio importante en el posicionamiento de la subjetividad: el sujeto autónomo de la racionalidad micro-económica desaparece y en su lugar emerge la pura víctima de la macro-economía" (González Bombal:2002).

Sin embargo, lejos de conducir a la pura victimización, el proceso tuvo como corolario un nuevo enmarcamiento de la situación que desembocaría en una experiencia pública que daría mucho de qué hablar: el trueque. Recordemos que la actividad del trueque nació hacia 1995, como una organización estructurada sobre la base de redes ("nodos"), en Bernal, provincia de Buenos Aires. En ese año, el trueque reunía sólo a 60 personas. Sin embargo, ya en 1996 eran 1000 socios; 2300 en 1997, y llegarían a 180.000 en 1999. Durante ese mismo año, el trueque experimentó un salto importante, abarcando 320.000 personas, en 500 nodos ubicados en 15 provincias y la Capital Federal. De esta manera, el trueque se convirtió rápidamente en una red extensa de intercambio de bienes, servicios y competencias muy heterogéneas, un "mercado *sui generis*" (Luzzi:2005) que comprendía desde el trabajo manual o artesanal, ligado a la producción de bienes primarios (alimentos) hasta las "nuevas industrias de la subjetividad", relacionadas con las terapias alternativas.

Como afirma Inés González Bombal, "la actividad de 'trocar' aparecía investida de todo un ideario que habla de 'reinventar el mercado', 'reinventar la vida' y se postula como una alternativa a un patrón de desarrollo que ha llevado a la exclusión social a amplios sectores de la población. Para sus ideólogos, el trueque aparecía como un vínculo social de otro tipo basado en la 'confianza y la reciprocidad' como valores fundantes que tendrían el poder de cambiar las relaciones sociales, o para decirlo en los términos que expresa su doctrina: 'barajar y dar de nuevo las reglas del juego social'. Ahora bien, la expansión de esta actividad tuvo varias consecuencias. En primer lugar, permitió una cierta reconstitución de las identidades individuales. En palabras de uno de sus fundadores, 'en este mercado, todos tenemos capital. Un capital que, según mi opinión, es el más importante: el capital humano'" (H. Covas, citado en Luzzi:2005). En consecuencia, la actividad de trocar permitía revalorizar capacidades negadas y descartadas por el mercado formal. En segundo lugar, la experiencia daba cuenta, si bien de manera incipiente, de la emergencia de un espacio de sociabilidad, donde confluyen sectores medios empobrecidos con sectores populares, ligados al trabajo manual en la industria, al servicio doméstico y vendedores ambulantes. Por supuesto que este espacio estuvo lejos de desembocar en una experiencia unificadora, pero en tanto lugar de cruce social permitió, sobre todo a las clases medias empobrecidas, experimentar una mayor libertad y flexibilidad, sin necesidad de tener "que seguir aparentando lo que ya no eran" (González Bombal:2002). Sin embargo, más allá de estos aspectos positivos, las conclusiones de González Bombal hacían hincapié en que el trueque aparecía primariamente como una actividad "refugio" mediante la cual se podía acceder a la satisfacción de las necesidades más elementales, y sólo en un segundo nivel, más acotado en cuanto al número de participantes (suerte de militantes), éste ilustraba una forma de recrear los lazos sociales, una alternativa diferente y solidaria frente al mercado capitalista excluyente.

Es sabido que después del colapso del modelo de convertibilidad (diciembre de 2001), el trueque registró una explosión incontrolada. Así, en 2002, la Argentina poseía la red del trueque más extensa del mundo, superando incluso a Rusia.²² Los

nodos contaban con 5000 participantes por día, a diferencia de los 20.000 por mes registrados en 2001. De acuerdo a un estudio de Nueva Mayoría (Ovalles:2002, citado en Hintze, 2003), en aquella época funcionaban 5000 clubes de trueque. Del total, el 60% (3000 clubes) estaban en la provincia de Buenos Aires, el 18% (900) en Santa Fe, el 4% (208) en Capital, el 2% (95) en Córdoba, el 1% (65) en Mendoza y el 15% (732) restante en las demás provincias. Como sostenía este autor, "esta cifra comprende el total de clubes del país, no sólo los registrados en alguna de las dos redes: la Red Global del Trueque y la Red del Trueque Solidario, sino aquellos que están al margen de estas estructuras y que son los que mayor crecimiento evidencian".²³

Ahora bien, lejos de ser la expresión de una adhesión masiva a una nueva economía alternativa, la explosión del trueque estuvo directamente ligada a la crisis económica, que incitó a los individuos a buscar en esta actividad un medio para afrontar la escasez de moneda y el aumento de los precios dentro del mercado formal. El resultado es conocido. Las redes no pudieron procesar este crecimiento explosivo y la mayoría terminaron por estallar en medio de una crisis de inflación de la moneda social (los créditos) y de corrupción (sobreemisión y falsificación de moneda), que puso al descubierto no tanto las divisiones internas entre las diferentes redes, como el déficit de controles endógenos y la ausencia —pese a la marcada tendencia a la institucionalización, en ciertos municipios y provincias— de una regulación exógena, que las propias redes demandaban con premura. Al decir de Mariana Luzzi (2005, p. 150), en un contexto de penuria económica y frente al cierre del mercado formal, muchos se volcarían masivamente al trueque, pretendiendo que éste pudiera cumplir las mismas funciones que el mercado formal. Así las cosas, la experiencia puso de manifiesto el carácter del trueque, revelando que se trataba menos de un espacio de economía alternativa que "de una actividad complementaria del mercado formal".

En resumen, es necesario comprender la experiencia del trueque como un "mercado *sui generis*" y, a la vez, como un "espacio de sociabilidad", de apertura y de cruce entre las clases medias empobrecidas y determinadas franjas de los sectores populares. Una experiencia que expresará también la tensión en-

tre una práctica colectiva y la afirmación de una estrategia individual. Como concluye el trabajo de Mariana Luzzi: "Los clubes del trueque, como proyecto, asumen una forma particular, en la cual se propone una construcción común que no remite a una identidad y una acción colectiva, sino a estrategias individuales. Por una parte, el trueque asume la forma de una actividad colectiva, se presenta como un proyecto asociativo que busca reunir personas en dificultad a través de la valorización de sus capacidades productivas. Por otra parte, el trueque aparece como una nueva forma de acceso a los bienes y servicios, nacida de la articulación de estrategias individuales de obtención de recursos" (Luzzi:2005, p. 170).

Experiencia trunca, que la crisis de 2002 catapultó a la cima, menos como realización de una economía alternativa que como expresión magnificada de la crisis del mercado formal, el trueque terminó por incorporar y exacerbar la lógica perversa del sistema al cual buscaba contraponerse. Su éxito efímero contenía ya los gérmenes de su declive y descomposición, algo que finalmente terminó de concretarse con la paulatina normalización del mercado formal. Cierto es que el trueque no ha desaparecido, aunque hoy existe en una escala diferente, sin la masividad de otros tiempos. En suma, lejos de la experiencia colectiva y de la autoorganización comunitaria de los nuevos movimientos sociales, el trueque fue un intento de las clases medias empobrecidas de recomponer la solidaridad, aunque siempre en el seno de una cultura individualista. De allí sus límites, tanto como sus excesos.

EL ASCENSO Y LA BÚSQUEDA DE LA DISTANCIA SOCIAL

Hemos dicho que, en un primer momento, el reconocimiento de la producción de nuevas brechas en el seno de las clases medias aparece ilustrado por la expansión de consumos y estrategias de inclusión cada vez más diferenciadas, tanto en términos de capital económico como cultural. Sin embargo, en un segundo momento, la fractura intraclase aparece reflejada en los nuevos estilos residenciales, modelos de socialización y formas de sociabilidad emergentes. Para ejemplificar esta segun-

da inflexión hemos elegido analizar algunas de las consecuencias sociales y culturales que ha tenido la autosegregación de los sectores medios-altos y medios en ascenso, visible en la expansión de urbanizaciones cerradas (*countries* y barrios privados).

Aunque ya hemos transitado esta vía para dar cuenta de ciertos cambios en las estrategias de distinción de los sectores altos, importa recordar que el centro de la expansión de esta oferta inmobiliaria comprendió no tanto los clubes de campo, exclusivos y elitistas, sino los nuevos barrios cerrados, provistos de seguridad privada, cuyos destinatarios eran las clases medias en ascenso. Desde el comienzo, los destinatarios tipo han sido mayoritariamente matrimonios jóvenes (entre 30 y 45 años) pertenecientes a las *clases medias de servicios*—sobre todo, sectores gerenciales y profesionales—, con hijos pequeños, con buenas credenciales educativas, en general, con ingreso de ambos cónyuges, principalmente ligados al sector privado. En realidad, el éxodo de las franjas ganadoras hacia los paraísos privados no sólo potenciaría la fragmentación de las clases medias. Más aún, este acto de "secesión" (la expresión es de Marie France Prévôt Schapira:1999) conllevaría también la renuncia al rol integrador que tradicionalmente se atribuía a las clases medias, por medio de la elección de formas de vida y de solidaridad que asumían como eje vertebrador tanto la privatización de la vida social como la búsqueda "protectora" de la homogeneidad social. Por último, los nuevos estilos de vida basados en la segregación espacial ilustrarían una estrategia de diferenciación de los sectores medios en ascenso no sólo respecto de los sectores populares, sino también de las mismas clases medias empobrecidas, al tiempo que apuntaban a una integración "hacia arriba", en relación con los sectores altos de la sociedad.

Por ello mismo no sorprende que, durante la década del 90, pocos fenómenos hayan sido más irritantes y, hasta cierto punto, más cuestionados desde una mirada normativa, que las nuevas urbanizaciones privadas. Lo que molestaba no era tanto su evidente sintonía con la dinámica globalizadora excluyente,²⁴ sino la ruptura que esta forma de habitar suponía respecto del modelo de integración pasado, en la medida en que ponía de manifiesto la progresiva disolución de los vínculos y experiencias sociales que entrelazaban a las típicas clases medias argenti-

nas. Por ello mismo, no era inusual encontrar en el testimonio de los residentes de urbanizaciones privadas, sobre todo aquellos provenientes de las clases medias típicas, educados en la escuela pública y el barrio policlasista, una suerte de nostalgia culposa, aun si ésta era luego rápidamente evacuada en el marco de la nueva sociabilidad homogénea.

Dos temas nos interesa abordar aquí, con respecto a la asociación entre urbanizaciones privadas y clases medias ascendentes: la tendencia a la homogeneidad social y los modelos de socialización resultantes. En efecto, en primer lugar, la seguridad privada impulsa el desarrollo de un estilo de vida, centrado en el contacto con el verde, crecientemente estandarizado por la oferta inmobiliaria, que se caracteriza por la tendencia a la homogeneidad social y generacional (matrimonios jóvenes, con hijos). En términos de sociabilidad, a diferencia del anterior modelo mixto (heterogeneidad social), este nuevo estilo de vida presenta rasgos comunes con el modelo más comunitario y cerrado propio de las clases altas (homogeneidad social), ligado a la exclusividad de los pequeños círculos sociales.

En segundo lugar, las urbanizaciones privadas han permitido la creación de nuevos marcos de socialización que implican un escaso contacto con seres diferentes; algo que los mismos residentes denominan "el modelo de la burbuja". En esta dirección, este estilo de vida genera una nueva dinámica en la gestión nada fácil de la distancia social, basada en el temor y, en el límite, en el rechazo de la diferencia. Por otro lado, esta sociabilidad se desarrolla en un amplio espacio común que tiene como marco natural la red socioespacial en la cual se encuentran barrios privados, *countries* y los diferentes servicios (*shoppings*, multicines, discotecas) y, por sobre todo, los colegios privados.

En resumen, el nuevo estilo residencial tiende a afirmar una inclusión hacia arriba: así, si por un lado los colegios privados y las universidades de elite facilitan la llave de una reproducción social futura, por el otro, los espacios comunes de la comunidad cercada contribuyen a "naturalizar" la distancia social.²⁵ La red misma se constituye entonces en el foco de pregnancia que va estructurando y homogeneizando los diferentes círculos sociales. Sin embargo, es necesario acotar que, a diferencia de la sociabilidad comunitaria de las clases altas, lo novedoso de este

tipo de sociabilidad homogénea es que se inserta en una red socioespacial más amplia, en la cual existen, por supuesto, diferentes niveles y jerarquías. En la Argentina, como en otros lugares, el fenómeno de las urbanizaciones privadas incluyó, sobre todo hasta 2001, a sectores de clase media, con escaso capital económico, pero con acceso al crédito. Así, como hemos visto en el capítulo anterior, la segmentación del mercado trajo como consecuencia la expansión de distintos tipos de urbanizaciones privadas, lo cual tiende a expresarse en la proliferación de estrategias de distinción, como modo de señalar las diferentes posiciones en el interior de un espacio social jerarquizado. Con todo, pese a la diferenciación interna que vuelve a recordarnos una y otra vez que no se trata de "iguales", las interacciones se llevan a cabo siempre entre "semejantes", quienes por esa misma razón devienen sujetos "confiables".

Por último, como es posible suponer, las formas de sociabilidad "elegida" que se desarrollan en el interior de las redes de *countries* y barrios privados, poco tienen que ver con las formas de sociabilidad "forzada" que las fracciones menos favorecidas de las clases medias desarrollan "hacia abajo", mediante prácticas como el "club del trueque" u otras redes de solidaridad. Más precisamente, la nueva experiencia revela la articulación mayor entre el modelo de ciudadanía patrimonialista, centrado en la autorregulación individual en función de la posesión o el acceso a recursos (capital económico), y el modelo de ciudadano consumidor puro, visible en la tendencia al consumo ostentoso.

En suma, si el distanciamiento respecto de los sectores empobrecidos de las clases medias es notorio, no lo es menos la búsqueda de afinidades electivas con las clases altas. Es que la opción por los *countries* y barrios privados, lejos de reducirse a la sola elección de la residencia, incluye un determinado modelo de socialización y de sociabilidad, basado en la privatización de los servicios y la aspiración a la homogeneidad social. En estos espacios que devienen símbolos de la consagración social, los sujetos que provienen de las clases medias comienzan a "interiorizar" la distancia social, desarrollando un creciente sentimiento de pertenencia y desdibujando los márgenes confusos de una culpa, resabio de la antigua sociedad integrada o, en algunos casos, de un pasado idealizado.

Ahora bien, luego de diciembre de 2001, se registró una fuerte naturalización del estilo de vida asociado a los *countries* y barrios privados. Recordemos que la crisis y el agravamiento de la miseria acentuaron la fragilidad de las situaciones y la inestabilidad de las posiciones sociales. En este sentido, la experiencia de la crisis fue tan radical que puso al desnudo y frente a toda la sociedad el alcance de la mutación llevada a cabo durante los 90. Más aún, trajo la sospecha de que, más allá del ingreso en un período de cierta "normalidad institucional", visible a partir de 2003, la crisis había terminado por instalar una nueva lógica social, que mostraba abiertamente las consecuencias perversas de aquella mutación. En este marco, la seguridad se convirtió, más que nunca, en el bien más valorado para gran parte de la sociedad argentina. Más aún, de cara a los guetos pobres donde residen los excluidos del sistema, de cara a los barrios enrejados de las clases medias empobrecidas, el acceso a la seguridad privada se convirtió en la marca por excelencia de una diferenciación social, un bien cuya sola posesión define no sólo fronteras sociales sino categorías diferentes de ciudadanía. Como es posible imaginar, frente a este nuevo escenario, la mención de los riesgos colaterales o la sola evocación de una nostalgia culposa, a la manera de resabio integrador, se torna completamente anecdótica o superflua...

Así las cosas, en el marco de la sociedad excluyente, lo que comenzó siendo considerado desde una mirada crítica y posiciones normativas (evocando incluso la figura del "traidor de clase"), hoy ya cediendo rápidamente ante la naturalización de las desigualdades sociales.

ENTRE EL CONSUMO Y EL VÍNCULO PRIVILEGIADO CON LA CULTURA

El análisis presentado hasta aquí sería incompleto si no tuviéramos en cuenta que entre las clases medias empobrecidas y los sectores exitosos se encuentran las franjas medias de las clases medias. Aunque de modo muy exploratorio, creemos necesario indagar cuáles fueron las estrategias de adaptación y de diferenciación social desarrolladas por esta franja social, suerte de último bastión de las denominadas "clases medias típicas".

En términos generales, dichos sectores, aunque severamente disminuidos en términos cuantitativos y siempre amenazados por la inestabilidad económico-social, buscaron reafirmar una identidad en crisis, básicamente mediante una lógica de acción individualista-estratégica, que apuntó a una integración por medio del consumo. Esta posibilidad aparecía potenciada por la centralidad —convertibilidad mediante— del modelo del “consumidor puro”, cuya aceptación iba más allá de cualquier división ideológica. Ciertamente, no hay que olvidar que la clave del éxito del menemismo —sobre todo hasta 1995— residía en el paradigma del consumidor puro, capaz de atraer a vastos sectores, sobre todo en el interior de las fragmentadas clases medias. Contrariamente a ello, el modelo de ciudadanía patrimonialista, en su versión más exacerbada, esto es, la segregación espacial, tendía a constituirse en una suerte de lugar de la división. Como hemos dicho, parte de la crítica deslizada contra aquellos que optaron por la vida en las nuevas urbanizaciones privadas, se debía a que su sola existencia venía a refrendar el final ineludible de las clases medias definidas por su vínculo con lo público y, por ende, por su vocación integradora.

Ahora bien, las imágenes que proponía el régimen neoliberal confirmaban la centralidad del ciudadano-consumidor en detrimento de la figura del productor, al tiempo que permitían una articulación más armoniosa con el proceso de reformulación de las identidades de las clases medias, en el seno de la posmodernidad, mediante la proliferación de nuevos consumos culturales. Más aún, la entrada de lleno en la posmodernidad profundizó una nueva dinámica de configuración de las identidades sociales, más volátiles y débiles que antaño, ancladas en los consumos, cada vez más diferenciados e individualizados.

Por otro lado, el devenir del ciudadano consumidor estuvo acompañado por la introducción de las nuevas tecnologías de la comunicación y la información; nuevos hábitos y prácticas ligados a una sociedad atravesada ideológicamente por el “discurso único” del neoliberalismo. De modo que la multiplicación de estrategias de inclusión por medio del consumo coincidió con una fuerte desafección en relación con la vida pública, que, en el límite, fomentaba una visión despolitizada de la sociedad, pese a la polarización social creciente. No menos cierto es que los me-

dios de comunicación fueron desplazando a las tradicionales formas de hacer política, a partir de lo cual el vínculo mediático entre los electores y las instituciones partidarias y sus dirigentes iría adquiriendo gran importancia.

Asimismo, la extensión de las críticas hacia la clase política se tradujo, a partir de 1991, en el aumento de votos nulos en las diferentes elecciones, que daría un salto espectacular en las elecciones legislativas de octubre de 2001, involucrando especialmente los sectores de clases medias residentes en grandes aglomerados urbanos. En este escenario, aun los sectores medios progresistas que articulaban una crítica hacia la “clase política”, en nombre de la regeneración ética y contra la corrupción, evidenciaban una suerte de resignación fatalista, cuando no de pragmática indiferencia con respecto al fenómeno creciente de la exclusión social. En consecuencia, en medio de una crisis ideológica y la ausencia de programas económicos alternativos, dichos sectores apostaron a las distintas fuerzas de centro-izquierda, entre ellas el Frepaso, para finalmente, en 1999, votar por la Alianza, cada vez con menos fe y escasa convicción, en una suerte de huida frenética hacia adelante.

Por otro lado, los procesos de globalización y las nuevas tecnologías de la información multiplicaron las facetas y las estrategias del devenir consumidor del ciudadano, adoptadas por las clases medias urbanas, en un escenario de posajuste. En nuestro país, tal como ha analizado Ana Wortman (2003, p. 37), la vida urbana de las clases medias en los 90 estuvo marcada por los nuevos consumos culturales, más individualizados: nuevas prácticas culturales, de usos del tiempo, nuevas formas de comer y beber, de presentar lo cultural y lo artístico. En este contexto, “el vínculo de las clases medias con la cultura adquiere nuevas significaciones” (Wortman:2003, p. 36).

Recordemos que, como lo afirmaban tanto Gino Germani como Alain Touraine, desde los orígenes, las clases medias latinoamericanas se caracterizaron por su relación privilegiada con la educación como canal de movilidad social y, por ende, por desarrollar un vínculo privilegiado con la cultura. La Argentina hizo de este principio una religión, más allá de las ambivalencias de las opciones (consumos ostentosos, identificación con la cultura “oficial”). En esta línea, sería necesario

explorar la importancia de un fenómeno que sin duda desborda la sola cuestión de los consumos culturales, para revelarnos el rol que ocupa la cultura en la redefinición de los fragmentados sectores medios argentinos. De manera más amplia, lo que buscamos decir es que desde la perspectiva de distintas franjas de las clases medias la cultura tendió a convertirse en la clave de bóveda, esto es, la pieza fundamental, de una estructura identitaria trastocada, tanto en términos individuales como colectivos. Definida, antes que nada, como competencia del agente, la cultura apareció resignificada bajo la forma de una reflexividad expresiva (a través del arte, la música, el teatro) o de una reflexividad estratégico-cognoscitiva (como recurso adaptativo en medio de una situación de empobrecimiento). En otros términos, el creciente proceso de dualización y polarización social y, más cercanamente, la entrada en un ciclo de fuertes movilizaciones sociales, revelaría hasta qué punto las clases medias presentan una "textura cultural", para utilizar la noción de Klaus Eder (1993).

En este punto, es necesario aclarar los diferentes niveles que incluye esta afirmación. Para hablar en términos de Pierre Bourdieu (1979), la cultura puede ser concebida como una variable o recurso, en términos de capital cultural. Esto sucede, como hemos dicho, con las clases medias empobrecidas, donde la cultura es concebida como capital incorporado o como competencia del sujeto. En esta perspectiva, también puede ser comprendida a través de la dimensión del consumo, como capital objetivado (que puede agregarse al capital incorporado, tal como ocurre en las franjas de clases media-media o en ascenso). Pero también se puede concebir a la cultura como algo más que una variable dependiente, esto es, como una textura que atraviesa y constituye los espacios de acción de las clases sociales.

Nada ilustra mejor la importancia de la textura cultural que la intensa actividad artística y cultural que desarrollarían las clases medias en medio de una de las peores crisis de nuestra historia. En efecto, las jornadas de diciembre de 2001 introdujeron un giro novedoso respecto del rol de las clases medias en nuestro país. Las intensas movilizaciones sociales tuvieron entre sus protagonistas a diferentes sectores de las clases medias, que abarcaban un conglomerado amplio de "perdedores" del

modelo (clases medias precarizadas, desempleados), al que se sumaron los "nuevos perdedores" que dejó el estallido del modelo de convertibilidad (ahorristas, endeudados); por último, también participaron sectores de las clases medias profesionales, que conservaron sus posiciones aun durante la debacle.

El nuevo escenario político, sobre todo con el surgimiento de las asambleas barriales, replanteó el debate acerca del compromiso, a la vez político y social, de las clases medias argentinas, cuestionando la disociación típica de los 90. Así, las asambleas barriales reposicionaron a las clases medias, especialmente las de la ciudad de Buenos Aires, en un lugar importante de la escena política. En este sentido, las asambleas surgieron también como un espacio de reconstitución de la identidad política de las clases medias, tentativa que reconocía como punto de partida, sin embargo, su fragmentación y heterogeneidad actual, en contraposición con cierta homogeneidad cultural y mayores perspectivas de integración social que habían tenido en el pasado. Asimismo, las asambleas barriales generaron un espacio de cruce novedoso entre los distintos sectores de esas fragmentadas clases medias y los sectores populares, cuyos contactos se habían vuelto cada vez más escasos.

Por otro lado, estos sucesos no sólo tornaron visibles, sino que potenciaron la expresión de importantes fuerzas culturales, cuyos protagonistas centrales fueron diferentes sectores de las clases medias. Nos referimos a la expansión de colectivos de arte y fotografía (Grupo de Arte Callejero, Et-cétera, Arte Arde, entre otros), grupos de información alternativa (desde Anred—creada en 1997— hasta la agencia La Vaca, Indymedia Argentina, Agencia Rodolfo Walsh, entre las más conocidas), que hoy circulan por diferentes espacios y organizaciones sociales.

La participación de estos grupos culturales en el proceso asambleario desarrollado durante 2002 en las grandes ciudades, fue muy importante. En efecto, el marco propicio para los cruces sociales y las intervenciones de estos grupos fueron las asambleas barriales y algunas otras experiencias puntuales, como el caso de la fábrica textil recuperada Brukman, en la ciudad de Buenos Aires. Pese al declive y reducción del movimiento de asambleas, muchos de estos grupos culturales continúan generando redes y foros de intercambio y de comunicación, in-

tervenciones artísticas y, más aún, espacios de economía social. En la actualidad, estos grupos, organizados bajo la forma de "colectivos", con una fuerte vocación por la autonomía, constituyen una de las dimensiones más novedosas de la acción colectiva en la Argentina contemporánea.

* * *

Repasemos algunas de las figuras y situaciones que hemos desarrollado más arriba. Por un lado, las nuevas estrategias de adaptación de las clases medias empobrecidas dieron cuenta de la centralidad que adquirirían el capital y las competencias culturales, los que no tardarían en ser concebidos como atributos identitarios de un estrato social híbrido, ubicado en los intersticios entre una clase media exigua y unos sectores populares cada vez más pauperizados. Asimismo, los diferentes estudios mostraron que, una vez asumida la caída social, más aún, frente a la imposibilidad de retornar al estatus anterior, la experiencia del empobrecimiento conducía a la progresiva recomposición de una cultura individualista en el seno de nuevas formas de solidaridad. La experiencia del trueque, iniciada en 1995, por encima de sus avatares actuales, puede ser leída en estos términos.

Por otro lado, la demanda de autorregulación de las franjas "ganadoras" de las clases medias terminó por cristalizar en nuevas formas de sociabilidad, asentadas en la valorización de la performance individual y en la asunción de nuevos estilos de vida, fuertemente contrastantes con los modelos anteriores. Más aún, el abandono del espacio público supuso la adopción, por momentos compulsiva, de un modelo de ciudadanía patrimonialista, centrado en la producción de la distancia social y espacial.

Por último, los sucesos de 2001 volvieron a situar —al menos por un momento— en el centro de la preocupación el rol articulador de las clases medias. Como veremos en la última parte de este libro, es muy probable que muchas de las preguntas e inquietudes que atravesaron aquel año extraordinario que fue 2002 se hayan desdibujado. Sin embargo, ese conjunto de manifestaciones múltiples pusieron en evidencia —y dejaron como legado— la importancia de la textura cultural en el proceso de redefinición de las clases medias movilizadas. Así, más allá

de la evidente afinidad entre cultura posmoderna y nuevas clases medias, es importante subrayar el rol de la cultura en la constitución de las clases sociales, sobre todo, en el pasaje a la acción colectiva. Lo cual nos hace pensar que la cultura, como último bastión de una identidad perdida o en crisis, se re-significa como eje de reconstrucción de la subjetividad y, a la vez, como expresión de la resistencia colectiva.

En fin, probablemente las clases medias nunca hayan sido un actor único, pues carecen de unidad en términos estructurales; sin embargo, casi todos acordaban en reconocer la existencia de ciertos lazos culturales y políticos que, por encima de la heterogeneidad social, hacían de ellas un agente significativo de la vida social. Sin embargo, los diferentes cambios que sufrieron en las últimas décadas, y muy particularmente durante los 90, pusieron de manifiesto la disolución de esos lazos, lo que sumado a la creciente diferenciación socio-económica, torna más difícil pensarlas como un actor con capacidad de desempeñar un rol articulador en la sociedad.